

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA



Cuando los Penquistas

Bailaban One - Step

(SEGUNDA EDICIÓN)

A CONCEPCIÓN, EN SUS 448 AÑOS

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA
CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA

editores

333 9

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA



00318AHC

*Cuando los Penquistas
Bailaban One - Step*

025626

(SEGUNDA EDICIÓN)

A CONCEPCIÓN, EN SUS 448 AÑOS

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA
CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA

editores



CUANDO LOS PENQUISTAS BAILABAN ONE-STEP,
de Sergio Ramón Fuentealba.

DERECHOS RESERVADOS.

Primera edición, junio de 1998.

Presente edición, octubre de 1998.

Prólogo de José Miguel Casanueva Werlinger.

Proyectó la edición, Cecilia Zúñiga Sanhueza.

Producción y difusión, Sergio Canales Vergara.

Impresión, IMPRENTA ARÉVALO, Tomé

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA Y CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA, editores. Los Copihues 63 (El Santo), Tomé.

983.833 J
F 954
(AHC)



DEDICATORIA

A MI CIUDAD, Y A MIS NOBLES AMIGOS CARLOS ÁLVAREZ NÚÑEZ, ORLANDO BAETTIG INOSTROZA, RAÚL GONZÁLEZ GOLDENBERG, PEDRO MANZANARES NÚÑEZ, PACIÁN MARTÍNEZ ELISSETCHE, IVÁN QUINTANA MIRANDA, SERGIO PUGA SEGUEL, ENRIQUE SANTIBÁÑEZ MOLINA Y JUAN ZUCHEL MATAMALA.

A LA MEMORIA DE PEDRO VILLALÓN LEPEK, QUE TAMBIÉN, MUCHO ME ESTIMULÓ Y QUISO.



EL AUTOR

0318

PRÓLOGO

En un tiempo de acelerados procesos de carácter planetario, caracterizado por la articulación de una variedad de vigorosas tendencias globalizadoras, puede parecer un contrasentido el concebir aproximaciones a temáticas que dicen relación con dinámicas y realidades aparentemente distantes de la racionalidad ordenadora del mundo de hoy. Sin embargo, el abordaje de tópicos de alcance local o regional, ya sea sobre aspectos pretéritos o actuales de determinadas comunidades, aunque

perezca casi una paradoja, ha adquirido una importancia claramente significativa en el desenvolvimiento analítico de ciertas disciplinas del amplio campo de las ciencias sociales y humanas.

El valioso esfuerzo de Sergio Ramón Fuentealba, objetivado en esta oportunidad en el presente texto, se inscribe indudablemente en la siempre vigente motivación del autor por los asuntos relacionados con las tradiciones y la identidad del ámbito territorial en el cual le ha correspondido desplegar sus afanes existenciales. Su aporte al conocimiento -también difusión- de materias vinculadas a la cotidianeidad del Concepción de décadas pasadas, posiblemente no posea la absoluta rigurosidad científica que podría esperarse de alguien que cultiva el oficio de historiador profesional. Este no es el caso. Su contribución es de otra naturaleza. Se asemeja más bien a un intento por recapturar paisajes de la vida de la ciudad, prácticamente desconocidos para los habitantes de este tiempo, pero activos en la

inquieta memoria de personas que, como Sergio Ramón Fuentealba, fueron actores de ese Concepción más orgulloso de sus tradiciones y seguro de la fortaleza de sus creaciones espirituales.

Es comprensible que en esta obra, que no tiene por pretensión dibujar, refutar o imponer determinadas tesis interpretativas, el cronista, es decir su autor, se deje cautivar por la atmósfera de un período histórico que sólo se puede recuperar desde la experiencia o a través de la conservación de los vestigios materiales e inmateriales de su transcurrir. Pero más allá de una simple nostalgia o de una visión que detiene o cierra en un específico momento el devenir de la ciudad, casi como una suerte de fin de la historia local, la clave de este escrito, como también la de otras reflexiones similares, se encuentra en la profunda convicción intelectual por descubrir el eslabón perdido de la identidad cultural penconopolitana.

José Miguel Casanueva Werlinger, antropólogo.

CONCEPCIÓN

*La ciudad ancha y señora
no trasciende a filisteo;
manso es su pecho de parques
y su fluvial solideo.*

*Visitada del Espíritu,
toma igual dichas y duelos
y los pinares aroman
su elan y su entendimiento.*

*Si llega a la medianoche,
lecho y mesa puesta tengo;
pero yendo así en fantasma,
asusto a los que bien quiero
y me dejan al umbral
mis bultitos cenicientos...*

Gabriela Mistral

La ciudad oficial y su prensa

OCHENTA MIL habitantes tenía la ciudad al finalizar los años 20, y su clima era descrito como templado. No se sentían fríos intensos ni calores excesivos. Su temperatura media del aire -según las observaciones de la Estación Meteorológica, anexa, entonces, al Liceo de Hombres- se consideraba como igual a $135^{\circ} 5$. Los vientos reinantes eran, en invierno, los del Norte, y en primavera y verano, los del

Sur. Anunciadores de mal tiempo los primeros, los segundos presagiaban un estado favorable.

Mientras la Intendencia funcionaba en Aníbal Pinto esquina de O'Higgins, la Municipalidad ocupaba el Palacio Consistorial, en la misma calle, pero más próxima a Barros Arana. El Poder Judicial estaba representado por una Corte de Apelaciones, por tres Juzgados de Letras de Mayor Cuantía y por un Juzgado de Letras de Menor Cuantía. Desde los tiempos de la Colonia, Concepción era sede de un Obispado. El Palacio Episcopal se situaba, como ahora, la calle Caupolicán esquina de Barros Arana.

Originalmente, el Obispado de Concepción tuvo su asiento en la ciudad de Imperial, donde fue creado en 1561. Se trasladó a esta ciudad, en febrero de 1603. La Iglesia Catedral -herida mortalmente por el terremoto de 1939-, comenzó a construirse a mediados del siglo pasado, después de la destrucción de la anterior por los sismos de 1832 y 1835. Además de la Iglesia Catedral, existían en la ciudad otros templos católicos: Capilla de Sagrario, vecina de

la anterior; San Agustín, en calle Castellón esquina de San Martín; San Francisco, en calle Barros Arana esquina de Hipólito Salas; Santo Domingo, en calle San Martín esquina de Lincoyán; Los Escolapios, en calle Castellón esquina de Carrera; La Providencia, en calle Barros Arana entre las de Janequeo y Lautaro; La Merced, en Castellón esquina de Freire; San José, en calle Lincoyán entre las de Maipú y Freire; San Ignacio, en calle Ignacio Serrano entre las de Las Heras y Carrera; el Buen Pastor, la capilla del Seminario, la de los Sagrados Corazones, la de las Sacramentinas, la de las Siervas de Jesús y la de las Trinitarias, una de las más antiguas, en calle Aníbal Pinto esquina de Cochrane. Los servicios religiosos se efectuaban sólo en las mañanas, de siete a diez horas.

Otras comunidades cristianas no dependientes de Roma, también se habían asentado ya en Concepción. Nos referimos a la Iglesia Evangelista Metodista Episcopal, en Castellón esquina de Carrera; a la Iglesia Presbiteriana, en Rengo esquina de Las Heras;

Iglesia Anglicana, en la Avenida Pedro de Valdivia, a ocho cuadras de la Estación Central, y a la Iglesia Evangelista Alemana, en la cuarta cuadra de la calle Orompello.

En la calle Rengo esquina Freire, tenía sus oficinas la Cuarta División Militar. La ciudad servía de guarnición al Regimiento de Infantería Chacabuco N°6, y al Regimiento de Caballería "Guías del General Benavente" N°7.

Varios países amigos, mantenían representaciones diplomáticas entre nosotros. A nivel consular, podemos mencionar Alemania, Bélgica, Bolivia, Francia, Inglaterra, Italia, Nicaragua, Paraguay, Uruguay y Venezuela. A ello se agregaban los viceconsulados de Brasil, Dinamarca, España y Estados Unidos.

Este era el Concepción -"oficial", digamos- hace setenta años. Del otro, hay mucho más que hablar. Porque era el que protagonizaba las noticias de los diarios, o comentaba las que aparecían en ellos, en las apacibles y largas sobremesas de las familias penquistas de ese tiempo.

Treinta centavos valía un ejemplar de “El Sur” y “La Patria”, los dos diarios penquistas de ese tiempo. Si el primero ponderaba tener “la mayor circulación en todo el sur del país”, y traer en sus páginas “informaciones completas y de primer orden del país y del extranjero”, “La Patria” no le iba en zaga, proclamándose “el mejor diario gráfico y noticioso del sur de Chile”, fuera de poseer un “amplio servicio telegráfico e informativo de nuestros corresponsales en el interior y en el extranjero”, además de “agentes para la venta desde Linares a Chillán”.

Propiedad del clero durante un largo período, “La Patria” silenció sus rotativas a mediados de los años ‘60, como diario integrante de la Sociedad Periodística del Sur, encabezada por políticos liberales de la zona de Cautín.

Pero antes de su aparición -noviembre de 1923-, y la de “El Sur”, que es muchísimo más anterior, pues fue fundado en noviembre de 1882, ya existía en la ciudad una tradición periodística de medio siglo, iniciada con “El Faro

del Bío-Bío”, en 1883, y seguida por “El Correo de El Sur”, en 1849, y “La Tarátula”, que, en 1862, se convirtió en la “Revista del Sur”. Nueve años después, el Obispo Hipólito Salas impulsó la aparición de “La Libertad Católica”. Ambos diarios todavía salían a la calle, cuando los suplementeros de la época salían a vocear “El Sur”.

El notable periodista que fuera Ezequiel de la Barra, escribió -hace casi cuarenta años- un memorable artículo, del que resulta imposible no reproducir este párrafo: “¿Qué cosa es un diario? A veces no es nada; otras veces ha de llenar una existencia. Semejante a la nuestra, su vida puede ser breve, efímera, circunstancial, sin resonancias, leve como una hoja de viento. ‘Ludribia ventis...’ . Pero, más de una vez, deberá tener caracteres de eternidad, con existencia inamovible, segura y cierta, como la piedra. Este diario habrá de vivir sin vacilaciones, prolongado en el tiempo que ¡ay!, para nosotros es más breve que nuestra insaciable ansiedad. Nos acompañará todos los días, todos

los años, despertando nuestra vida interior, removiendo nuestras inquietudes ocultas, llevándonos del pasado al presente, del presente al futuro, en cadena sin fin. Sin él, habremos de encontrar el día vacío y obscuro, como si nos faltase espacio o careciésemos de luz. El alba nos encontrará con él en las manos ansiosas, hurgando lo que pasa en el mundo, lo que ocurre a los hombres, a los pobres hombres, tan dolidos, que ahora quieren, anhelan ir a volcar su amargura en las lejanas estrellas”.

Claro está que en esos años, el hombre se contentaba con mirar la luna, pero ni siquiera soñaba con poner los pies en su superficie. Los autos no corrían a más de treinta kilómetros por hora, por las empedradas calles céntricas y las carretas que venían de Florida quedaban pegadas en el barro a la altura de Puchacay, porque se “salía” el estero.

Desde 1921, dirigía “El Sur” el abogado Luis Silva Fuentes, profesor, a la sazón, del Curso de leyes que funcionaba anexo al Liceo de Hombres de Concepción. Siendo todavía

alumno de Derecho, había ingresado a la Redacción del diario. Ocupaba la agencia alguien tan prestigioso como el señor Silva, don Anfión Varela Moore, “distinguido caballero y hombre de empresa penquista, cuyo nombre está ligado a grandes iniciativas de progreso comercial e industrial en la ciudad y en la zona”.

Lo mismo que “El Sur”, por supuesto. Porque -como señalara en 1962, el Premio Nacional de Periodismo, Víctor Solar Manzano- “si observamos el panorama histórico de la prensa chilena, nos será fácil advertir que son pocos los diarios que han logrado una identificación tal con el medio en que surgieron; pocos los que han sabido o han podido unirse tan entrañablemente al destino de la ciudad y del territorio de su nacimiento”.

Como bien recuerda el profesor Dieter Oelker, la revista “Atenea” de la Universidad de Concepción” surgió, en abril de 1924, por iniciativa de don Enrique Molina, Rector-Fundador de nuestra principal Casa de Estudios Superiores.

“Los objetivos de ‘Atenea’ -señala el académico- quedaron nítidamente expuestos en su primer editorial: 1º, servir a los intereses de la cultura en todas sus dimensiones, 2º, constituirse en una tribuna abierta al pensamiento de Chile e Iberoamérica y 3º. Contribuir a la comprensión del carácter histórico de los procesos culturales: ‘Con los ojos abiertos hacia el porvenir, no dejamos, sin embargo, de mirar el presente, ni desconocemos los valores del pasado’”.

Importante no olvidarlo, porque - como acertadamente apunta Oelker- “la fundación de la revista coincidió con una serie de profundos cambios en la estructura social, económica, política y cultural, operados durante la década del 20 en Chile. Fue en ese periodo, cuando los sectores medios en ascenso terminan por consolidar su posición y afinarse en el poder, y comienzan a recuperar, en franca controversia con su panorama inicial hacia lo chileno, campesino y popular, lo europeo, moderno y universal. La revista ‘Atenea’ participó, desde sus inicios, de la dinámica presente en la

fragmentación de la clase media en una variedad de ismos políticos, literarios y artísticos, y en su relación polémica con el positivismo cultural de los comienzos de siglo. De todas maneras, se puede observar en sus publicaciones de los primeros quinquenios, una notoria influencia europea que, sin embargo, nunca llegó a desarraigarla del medio cultural iberoamericano o de la realidad nacional”.

Y por corresponder al período que nos ocupa, interesante nos parece volver a citar a Dieter Oelker : “Con el fin de contribuir al progreso intelectual del país, la Universidad de Concepción instituyó, a partir de 1929, por intermedio de la revista ‘Atenea’, dos premios anuales para las mejores obras científicas y literarias publicadas en el año anterior a su concesión. Nacieron así los Premios ‘Atenea’, uno en Ciencia y otro en Literatura, para reconocer a la vez que estimular el desarrollo de las letras y de la investigación científica en Chile. El primero en recibir el Premio Literario fue Manuel Rojas por su libro “El delincuente”,

correspondiendo, a Carlos Keller, el primer Premio Científico por su obra "La eterna crisis chilena".

Digamos, para concluir lo relativo a esta publicación, que la suscripción anual a diez números tenía un valor de veinticuatro pesos, que para el extranjero, equivalía a cuatro dollars. Agente General de la revista en Santiago era la Editorial Nascimento, propiedad del ciudadano portugués Carlos Georges Nascimento, anterior dueño de una librería en Concepción, ubicada en la esquina de las calles Barros Arana y Castellón.

Y a propósito de revistas, agencias y librerías, Rafael Merino era, entonces, el principal "importador directo de todas las Casas Editoras de Europa", que vendía en su negocio de la séptima cuadra de la calle O'Higgins. En un aviso de prensa, dejaba de manifiesto su condición de : "Representante de la Empresa Zig Zag. Representante de la Empresa Editorial Atlántida, Buenos Aires, editora de las revistas 'Para ti', 'El Gráfico' y 'Billiken'. Representante de la Empresa Haynes Ltda., Buenos Aires,

editora de las revistas, 'El Hogar', 'Mundo Argentino' y 'Don Goyo'. Representante de Prensa Gráfica de Madrid, editora de las revistas, 'La estera', 'Nuevo Mundo' y 'Mundo Gráfico'. Agente de todas las revistas literarias, Arte y Modas de Francia, y Agente para el Sur de Chile de la Universidad de Concepción". Esto, como veremos más adelante, era para los efectos de recibir las donaciones para los sorteos de la Oficina de Subsidios del plantel.

En el primer piso del Palacio Consistorial, el Almacén de Útiles de escritorio de doña Javiera R. de Espinosa -viuda de Ramón Espinosa Allende- tenía a disposición del público "novelas de los mejores autores rusos, franceses, españoles y nacionales", fuera vender 'archivadores, copiadores, planchas profesionales y comerciales, y timbres de goma y metal' de su propia fábrica y ofrecer sus servicios de imprenta y encuadernación.

Los Ex-Talleres gráficos de "El Sur", instalados en Colo-Colo 574, publicitaban una "atención esmerada y precios convencionales" a

sus favorecedores. A pocos metros, los señores Belmar y Roca ponderaban las bondades de su Imprenta y Librería Hispano-Chilena, donde realizaban “Impresos para el Comercio, Industria y Banca; Memorias; Catálogos; Revistas; Folletos; Encuadernación; Libros en blanco; Timbres de goma; Artículos de Escritorio, e Impresiones en relieve, etc.”. En la segunda cuadra de Barros Arana, sus colegas Jabalquinto y Simone ejecutaban “toda clase de trabajos a precios módicos”, en la Imprenta y Encuadernación “La Internacional”. Pero si Ud. deseaba “un trabajo bien acabado y en bonito estilo”, debía dirigirse a la Sociedad Imprenta y Litografía “Concepción”, poseedores de modernos talleres gráficos y de encuadernación en Castellón esquina Freire. Y allí estuvo, hasta que un incendio dañó máquinas y edificio, a comienzo de los años ‘50.

Aunque no hay un registro de sus nombres, se nos ocurre que no fueron pocos los órganos partidarios, culturales, gremiales y societarios que se imprimieron en la litografía y

en las imprentas reseñadas. Creemos que tampoco su destino debe haber sido la estantería de la Biblioteca Pública, abierta a los penquistas aficionados a la buena literatura en el segundo piso del que, en esos años, era el nuevo edificio del Liceo de Hombres. Contaba -según nuestras informaciones- “con dos secciones. Ambas, y en especial la de Derecho ha sido incrementada con colecciones particulares obsequiadas por sus dueños. Entre las dos suman más de diez mil volúmenes”. Un fondo impresionante hace siete décadas, por supuesto.

No era, sin embargo, la Biblioteca el único centro cultural de entonces. Porque también estaba el Museo de la ciudad, ubicado en los altos del número 654 de la calle Castellón. Fundado en 1902 por el sabio naturalista británico, profesor Edwin C. Reed, estaba destinado a la Historia Natural y Etnografía regional y poseía numerosísimas colecciones. Tenía, por cierto, secciones de Zoología, Botánica, Geología, Geografía e Historia. Sus ejemplares más sobresalientes eran la colección

de peces chilenos y un Plano de Concepción tallado en madera. Tampoco faltaba la Sección Araucana, guardadora de numerosas curiosidades indígenas.

Por medio de la prensa, se comunicaba a las “personas de tránsito” que siempre hallarían allí “amplias facilidades para visitarlo y obtendrían todas las explicaciones que desearan acerca de las colecciones y raras curiosidades que allí se conservaban”.

Pero, esas “personas de tránsito” que visitaban el Concepción de los años del primer gobierno del general Carlos Ibáñez del Campo, ¿dónde se alojaban, si no venían a casas de familiares o amigos?

La llamada “Vida Social” de la ciudad, a la que se integraban temporalmente, es un capítulo aparte de esta crónica. Y siguiendo una costumbre muy en boga por esos años y que se mantuvo largamente, su visita a Concepción quedaría consignada en las “Notas o Ecos Sociales” de las páginas de los dos diarios regionales. Su nombre lo registraría Ferrocarriles

en su lista de pasajeros, porque ni pensar todavía en los vuelos comerciales entre el Aeródromo de Los Cerrillos y la "cancha de Hualpencillo", como se le llamara popularmente cuando entró en servicio a mediados de los años '40, y sus hangares guardaban las frágiles "máquinas" de los intrépidos socios del Club Aéreo penquista.

Vida Social en Salones, Biógrafos y Paseos

Diez horas demoraba el tren Nocturno entre la Alameda y Concepción, si no sufría retrasos. El valor del pasaje era de \$83, en 1^a, y \$53, en 2^a. Para comodidad de sus usuarios, disponía de camarotes con dos camas, y en cada coche dormitorio había dos departamentos especiales para señoras. Cada cama, significaba un desembolso adicional de \$34.30. Al igual que el Expreso, contaba con un elegante coche-

comedor. Del Ordinario se decía que, por su itinerario, era “el menos recomendable y que rara vez se empleaba”. De la Estación local, salían “madrugadores” trenes a Temuco, Osorno y Valdivia, aparte del “Chillanejo”, que hacían el recorrido vía Tomé, por el ramal que se desprendía de Rucapequén.

Una “Guía Turística” de la época describía a Concepción como “un importante centro ferroviario. Por medio del ramal que lo comunica con San Rosendo está unido a las líneas que cruzan las líneas del sur y del centro del país. De él arrancan otras dos importantes líneas, una en dirección a Curanilahue, con una longitud aproximada a los 100 kilómetros; la otra, siguiendo por Penco, Tomé y Dichato, con la costa de la Bahía de Concepción, une la ciudad con la estación de Rucanequén, en la línea central. Extensión del ramal a San Rosendo es la línea a Talcahuano, cuya longitud es de 15 kilómetros. Se trataba por obtener la construcción del trazado de Penco al Club hípico,

punto situado en la línea a Talcahuano, con el objeto de completar el ramal de Rucanequén”.

Cuando han transcurrido setenta años de su publicación, puede decirse -¿verdad?- que los sueños de esos hombres idealistas desaparecieron entre los durmientes de esos pintorescos ramales.

Pero ya que hemos mencionado a Talcahuano, hay que agregar que la ciudad era recorrida en sus principales direcciones por un ferrocarril eléctrico que se prolongaba hasta el vecino puerto, donde había un constante servicio entre las primeras horas de la mañana y las también primeras horas de la noche. Desde Concepción partían tranvías cada una hora en la mañana y cada media hora en la tarde, saliendo de la Plaza Independencia y deteniéndose en los puntos más concurridos. Después de cuarenta minutos llegaban a Talcahuano, de donde regresaban con iguales intervalos de tiempo desde el terminal de la calle Colón. El pasaje costaba \$1.20, una “bicoca” para el viajero que

llegaba a la ciudad, dispuesto a conocer o visitar nuevamente sus alrededores.

Frente a la mismísima Estación, abría sus puertas para acogerlo el Hotel France, que ocupaba un amplio edificio con toda clase de comodidades. Contaba con sesenta y cuatro dormitorios para ciento veinte personas. Se enorgullecía del confort de sus instalaciones y de sus bien equipados baños, y de que los encargados del establecimiento hablaran perfectamente inglés y francés, por supuesto. Aunque después cambió de dueños, este último idioma siguió siendo “de la casa”, ya que fue adquirido por la familia Palet Claramut, de origen catalán, y pasó a denominarse “Cecil”.

Porque “Cecil” era el nombre del hotel que ellos antiguamente poseían en el Portal Cruz de la calle O’Higgins, frente a la Plaza Independencia, y que estaba habilitado con “departamentos con baños y toilettes y agua caliente y fría permanente en todas las piezas”, según su propaganda. En la misma ubicación, pero por Barros Arana, se hallaba el Hotel

“Medici”, cuyo propietario era el señor Max Simon, y que ofrecía a los huéspedes confort, aseo, excelente cocina, atención esmerada restaurant a la carta.

Antes que ellos, y justo en el punto medio entre la Estación y la Plaza, se hallaba el Hotel Zehnder, que destacaba por sus módicos precios, su esmerado servicio y su prestigiosa cocina alemana. Cuando este establecimiento cerró sus puertas, don Otto Zehnder llevó a su clientela a un restaurante con su apellido, en el subterráneo del Hotel “Ritz”. Claro que eso ocurrió después del terremoto del ‘39, que puso fin a su actividad hotelera.

Moderno era, en ese tiempo, el edificio de la esquina de Caupolicán con Freire, construido por la familia Gidi, de industriales de origen árabe. En él, se albergaba el Hotel “Wachter”, que ofrecía a los turistas veinticinco piezas dormitorio, con capacidad para el doble número de personas y un buen servicio de baños e instalaciones higiénicas. Con los años y el cambio de dueños, se convirtió en residencia

permanente de algunas familias penquistas y de funcionarios públicos trasladados de otras ciudades a Concepción. Ya entonces se llamaba "Clarís", y en el hall del segundo piso se realizaron las primeras exposiciones de pinturas de artistas de Santiago, especialmente.

Estamos, sí, olvidando algo. Además de los servicios de baños de estos hoteles -que deben haber sido tan excelentes, como se les ponderaba- era digno de recomendarse el establecimiento denominado "Río Bueno", situado en la Avenida Ejército, entre Rengo y Caupolicán, y que todavía existe. Para llegar hasta allá, se debía tomar tranvía en la Plaza, por el lado de Caupolicán, que llevaba a esa dirección.

Para los veraneantes, la Municipalidad había construido una piscina pública y gratuita, cuyas aguas se mantenían constantemente limpias y que, aunque pequeña, era apta para la natación. En los meses estivales, había facilidades para que los bañistas pudieran ir a los balnearios de Penco y San Vicente desde

las primeras horas. Tampoco encerraban peligro las lagunas de Los Méndez y las dos de San Pedro, y en cuyas riberas la colonia alemana residente había formado clubes de regatas y de otros deportes.

Los ríos Bío-Bío y Andalién y las lagunas de Las Tres Pascualas y Redonda, eran consideradas, en cambio, peligrosos e inadecuados sitios para zambullirse en sus aguas.

No obstante, la primera de estas lagunas -la de Las Tres Pascualas- era descrita en las Guías Turísticas como “un lugar pintoresco rodeado de quintas. El Club de regatas ‘Arturo Prat’ posee en ella algunas instalaciones para carreras de bicicletas y regatas. Es fácil obtener bote en la administración de esta propiedad”. En la laguna de Los Méndez, existía en ese tiempo no sólo un Club de Water-Polo, sino también una bulliciosa quinta de recreo. En silencio -para no pescar a los “cuentistas”- se decía que la Laguna Redonda era “un ojo de mar que se tragaba a los bañistas”, y de la legendaria Laguna de los

Negros no quedaba más que una poza, situada al norte de la calle Cruz, entre Caupolicán y Rengo.

Si los visitantes optaban por las excursiones, no escaseaban en los alrededores de Concepción lugares de singular belleza.

A partir de San Rosendo -donde el Bío-Bío recibe las aguas del Laja- el viajero contemplaba durante todo el trayecto hasta la Estación la corriente, inmovilizada casi, de ese río, cuyo paso a través de los cerros de la cordillera da lugar a la formación de hermosos cajones. Especialmente en Hualqui y en el Agua del Obispo -paradero que seguía hacia el norte-, podía admirarse la imponente del Bío-Bío, surgiendo de en medio de un laberinto de cerros de considerable altura. No menos bello aparecía desde el camino de Concepción a Chiguayante, sobre todo si la excursión se realizaba tempranamente y el recorrido se hacía a caballo o en automóvil, porque el buen estado del camino lo permitía.

Por ambos medios, también podía llegarse a la desembocadura del mismo río, a tres

leguas de la ciudad; al Museo de Hualpén, a Ramuntcho, a Lengua, a Las Escaleras, a Palomares y La Florida, capital, entonces, del Departamento de Puchacay. De este pueblo, se elogiaban sus bellezas naturales que quedaban constantemente a la vista del viajero. Además, en algunos puntos se conservaban todavía algunas ruinas de fuertes españoles en tiempos de la Conquista, como el Alto de Los Coigües, por ejemplo.

Ya que nos hemos referido a Palomares y La Florida, digamos que se llegaba a ambos lugares siguiendo la Avenida Collao, cruzada desde siempre por el río Andalién. Palomares era, entonces, una sub-delegación de Concepción.

El camino a La Florida era -y continúa siendo- hermoso en su recorrido. Existía en la época, el proyecto de “modernizarlo y convertirlo en una gran carretera que uniría a Concepción con ese pueblo y terminaría en Bulnes, estableciendo una excelente comunicación con diversos puntos llamados a

tener importancia agrícola, entre ellos el riquísimo valle de Coyanco". De hecho, La Florida era parte, entonces, del llamado "granero de Chile" por sus cosechas de trigo, llevado en carretas a los molinos de Penco y Tomé, donde residían varios de sus acaudalados productores.

Cuando señalamos que muchas de estas excursiones era necesario hacerlas a caballo o en automóvil, nos quedó pendiente extendernos sobre los medios de locomoción que utilizaban los penquistas de ese tiempo, aparte del ferrocarril y del tranvía eléctrico.

Fuera del tranvía a Talcahuano, se contaba con varias líneas de servicio urbano. Una, desde Pedro de Valdivia a calle Lautaro. Otra, unía la Feria con la calle Barros Arana y finalizaba en la Estación Central. Una tercera, recorría la calle Maipú desde ambos puntos, mientras la cuarta salía desde la Tracción -situada en la Avenida Ejército- hasta la Plaza de Armas, por calle Rengo. La última, finalmente, descendía desde la Estación por Barros Arana hasta la Quinta Agrícola.

En cuanto a los automóviles, se contaba con un servicio público con más de un centenar de vehículos, estacionados en calle Aníbal Pinto frente a la Plaza y el edificio de la Caja de Ahorros, y en la Avenida Prat, frente a los Ferrocarriles. El valor medio de cada carrera, era de \$3. Ocuparlos durante una hora, significaba un desembolso que duplicaba esta suma.

Pero, aparte de los automóviles, estaban los coches y las victorias, con paraderos en la Plaza Independencia y frente a la Estación. Para el cobro de las tarifas, la Municipalidad había dividido la comuna en dos zonas, quedando comprendida la primera entre las Avenidas Víctor Lamas, Arturo Prat y Manuel Rodríguez, hasta las Ferias, inclusive, quedando fuera de ella el área situada al lado norte de la Laguna de Las Tres Pascualas y su desaguadero en el Andalién; y otra, el resto de la comuna. Por una o dos personas adultas, se cobraba la tarifa de \$1, pero se aclaraba que “el equipaje de los pasajeros no aumentará el valor de la misma”.

Junto con estos coches y victorias, una veintena de autobuses de modernas marcas hacía el recorrido por las que, en ese entonces, se consideraban las principales arterias de la ciudad, las calles Barros Arana y Maipú, haciendo dos círculos continuos en sentido inverso. Algunas góndolas hacían también el trayecto por la calle Rengo, desde la Tracción Eléctrica hasta O'Higgins, para volver por Caupolicán y Freire, y la propia calle Rengo. La tarifa era de Veinte centavos por persona. Seis grandes góndolas - porque todavía no se les llamaba microbuses - hacían el servicio diario a Talcahuano, partiendo cada cuarenta y cinco minutos desde la Plaza Independencia. El valor del pasaje era de \$1.

Durante los meses de verano, la mayoría de los buses se dedicaban al transporte de viajeros al vecino balneario de Penco, recorrido que se hacía en cuarenta minutos y por el que se cobraba la tarifa de uno o dos pesos por persona. Claro que los paseos a la Boca, Las Escaleras, Ramuntcho o Lengua, para veinte personas, a las que había que esperar o ir a

recoger a una hora determinada, tenían una tarifa que oscilaba entre los sesenta y los cien pesos.

Pero, fuera de los paseos y excursiones, la "Vida Social" de los penquistas de hace setenta años -entregados a actividades productivas y comerciales, esencialmente- era considerada de reducido movimiento y sólo se reflejaba en los llamados "puntos de obligada reunión", como lo eran los clubes, biógrafos y salones de té.

Entre los primeros, llamaba la atención, por su elegancia, el Club Concepción, fundado hacía siete décadas y situado en un amplio edificio de la quinta cuadra de la calle O'Higgins, "provisto de las más modernas instalaciones".

También las colonias extranjeras poseían excelentes centros sociales. Recordemos el Club Inglés, en Barros Arana 515; el Centro Español, en Barros Arana 679; el Círculo Francés, en Aníbal Pinto 554; el Club Alemán, en O'Higgins 437; el Centro Familiar Español, en Freire 734; el Club Italiano, en Caupolicán 655, y

el Centro Catalán, en Barros Arana 826. Con un público no menos asiduo, contaban la Sociedad de Empleados de Comercio, en O'Higgins al lado de la Caja de Ahorros, y el Club Radical, en Colo-Colo 446.

Aunque Al Jolson acababa de inaugurar la era del "cine parlante" con "El Cantor del Jazz", algunos biógrafos penquistas todavía funcionaban con "programas seleccionados de películas, amenizadas por una buena orquesta". Uno de ellos, era el "Rialto", propiedad de la Cía. Cinematográfica Italo-Chilena, y que se publicitaba como "el teatro predilecto de la mejor sociedad penquista", donde cada función era "una reunión social agradabilísima, en una sala elegante y confortable con suave calefacción en invierno y agradable temperatura en verano". Se ponderaba, además, su construcción elegante y sólida, sus cómodas butacas y la sobriedad de sus adornos. Como si ello fuera poco, su ubicación era centralísima: a media cuadra de la Plaza Independencia por calle Aníbal Pinto.

Entre esa misma calle y Colo-Colo, aunque situado en Barros Arana, se hallaba el Teatro "Splendid", destinado indistintamente a "compañías dramáticas y de género chico y a espectáculos cinematográficos". Su construcción era reciente, pero ya había "ganado el favor de numeroso público", por sus grandes comodidades. Dependía de la misma administración del Teatro Concepción, lo que había contribuido a su prestigio.

El Teatro Concepción era, indudablemente, el principal de la ciudad. En sus palcos y demás aposentaduras, cabían alrededor de dos mil personas. Se encontraba situado en la calle Barros Arana esquina de Orompello, en un edificio de imponente estilo que era el centro predilecto de las más elegantes reuniones de la orgullosa y exclusiva sociedad penquista de fines de la década del '20.

En el Portal Cruz -calle O'Higgins frente a la plaza- funcionaba el Teatro "Central", que, dedicado especialmente al cinematógrafo, exhibía películas de "las mejores casas

americanas y algunas europeas". Su expectable ubicación, le daba una gran preferencia en la temporada invernal.

Otros "biógrafos" eran el "San Martín", situado en la calle de ese nombre esquina de Ignacio Serrano; el "Cine Mundial", en Maipú con Castellón, y el "Teatro Ferroviario", en el recinto de la Estación Central y que exhibía películas a precios populares.

Los estrenos se anunciaban en los diarios a todo lo ancho y largo de una página y las "premieres" cinematográficas constituían, de por sí, un acto social. Los dueños de las salas y las compañías distribuidoras cursaban anticipadas invitaciones a las autoridades políticas, religiosas y militares, y a los más destacados vecinos de la ciudad, que concurrían con sus esposas e hijos mayores, luciendo sus mejores galas. Luego de recibir a sus huéspedes, los anfitriones los acompañaban hasta las butacas que les correspondían y que estaban señaladas por tarjetones con sus respectivos nombres. Tras la exhibición de las "vistas", o noticiarios, y de las

sinopsis, venía un prolongado intermedio. En el foyer del teatro, ya estaban dispuestas las mesas para un bien servido “coktail”, amenizado por una afinada orquesta y una grata conversación, y ofrecido, naturalmente, por el o los propietarios de la sala y por los distribuidores de la cinta que se estrenaba. Una fina costumbre que dejó de “estilarse”, como se decía, hace medio siglo.

Reuniones de esta naturaleza, al igual que otros actos sociales como bautizos, compromisos matrimoniales y bodas, quedaban registrados en las placas de “Foto-Estudio Peña”, que ofrecía lo mejor en arte y técnica y cuyo taller estaba en la tercera cuadra de la calle Aníbal Pinto.

Sus servicios también eran muy solicitados, por cierto, por quienes llegaban a Concepción en viajes de negocios, por cuestiones profesionales o en procura de un bien merecido descanso, y querían llevarse un testimonio gráfico de su visita a la ciudad.

Sobre todo, cuando luego de un paseo por la Plaza de Armas se dirigían al “Salón de

Café Piera”, del Portal Cruz, que ofrecía -de las 8 a la 24 horas- un “servicio permanente de té, café, chocolate y toda clase de refrescos”, además de tentador surtido de pasteles y galletas finas fabricadas por el mismo establecimiento. Que se jactaba en su propaganda de tener “montada la mejor tostaduría con la maquinaria más moderna para la preparación de sus afamados cafés tostados molidos”.

Para no ser menos, el “Tea-Room Palet” -a la misma altura, pero por la calle Barros Arana- fabricada en su mismo local confites, caramelos, bombones, frutas glasadas, chocolates, pastillas, galletas y jarabes. Sin embargo, su mayor atractivo era su “téailable con espectáculos y orquesta”. Donde los señores Claramunt y Juanet presentaron a los más aplaudidos artistas y conjuntos de ese tiempo. En los años inmediatamente posteriores al terremoto de 1939, siendo niños, vimos allí, entre tantos otros “números”, como se decía, a unas jovencísimas Sonia y Myriam, acompañadas de su madre, Cora Santa Cruz; a una veinteañera

Julita Pou, y al dúo cubano formado por Margarita Lecuona y Pepe Armil. Dirigía la orquesta estable del "Palet", el músico español Don Roy.

Comodidad para turistas en su confortable y moderno edificio de Barros Arana 756, era el anzuelo para el público del Restaurant "Frugone", con personal idóneo para un servicio esmerado y a precios acomodados. La "especialidad de la casa", eran, no obstante, los "mariscos frescos diariamente" y seleccionados por don Toutsaint Frugone, su propietario.

Para quienes prefirieran como "lejos del mundanal ruido", el Casino del Club Hípico constituía otra opción. Equidistante de Concepción y Talcahuano, el recorrido en auto no demoraba más de quince minutos y en la Estación de Los Perales, que lo enfrentaba, tenían su paradero trenes, autobuses y tranvías. Formado en diciembre de 1918 -diez años antes que la Cámara- sus fundadores y directores habían "sabido darle una organización sólida y prestigiosa que le ha conquistado la confianza de

las sociedades penquista y porteña que se dan cita semanalmente en su hermoso paddock”, según una revista del período que nos ocupa.

Poseía entonces el Club Hípico una extensión superior a veintidós hectáreas y disponía de amplias y cómodas tribunas con una capacidad aproximada de cinco mil personas. Para el desarrollo de las pruebas, existían tres pistas de primer orden y cuidadosamente tenidas. A las carreras dominicales asistía “un numeroso y distinguido público, que se repartía anualmente \$ 600.00 en premios”. No hay que olvidar, eso sí, que la sociedad contribuía al sostenimiento de la Beneficencia de Talcahuano con una cantidad cercana a los \$ 260.000, y a los fondos de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas con la suma de \$ 170.000. Sus oficinas en Concepción estaban situadas en el desaparecido Pasaje Lamoliatte N° 30.

Antes de estas reuniones en clubes y salones de té, las damas acostumbraban lucir las últimas novedades en vestidos, pieles y sombreros y regatear, naturalmente, sus precios.

La Casa de Luis A. Spano, antiguo jefe del negocio de don Exequiel de la Barra aseguraba haberse “impuesto a la consideración pública por su extenso surtido, adquirido por su oficina de compras en París”. Su competidora más temida era la Casa Leizgold y Cía., “dedicada exclusivamente a pieles y artículos de fantasía de las más altas calidades”. Atendía en dos céntricos establecimientos de la calle Barros Arana. Y si de sombreros se trataba, Mlle. Emma Hispa tenía los modelos más elegantes - “modes en chapeaux”- en el número 893 de la misma arteria.

Para los caballeros, la Casa Harosteguy disponía de una variedad de artículos de sombrería, camisería, botonería, confecciones, perfumería y guantes. A los que gustaban mandar a confeccionar sus ternos “a la medida”, La Gran Vía -en Maipú esquina Rengo- ofrecía un amplio surtido en casimires, y para telas, lanas y sedas importadas por sus propietarios, los señores Martínez Hnos. Otro tanto hacía Lange y Cía, en su tienda de O’Higgins esquina Angol, donde debe haberse aprovisionando la Casa Antonio

Pérez y Cía, afamada sastrería y camisería de la ciudad.

El “mejor surtido de calzado de todo el sur de Chile para caballeros, señoras y niños, confeccionando con los mejores materiales importados y nacionales”, tenía la Casa Valls - Barros Arana 578- de Poch Beitía. No menos finos zapatos, exhibía en sus vitrinas la Casa Real, que tentaba a los penquistas con sus precios. “Los más ventajosos en plaza”, según su dueño, don Juan Sarda.

Piedras finas y dos de las más reputadas marcas en relojes -Omega y Longines- vendía don Juan Bautista Olate, en la quinta cuadra de Aníbal Pinto. Y lo propio hacía la Joyería Soto, en su local de Barros Arana 557.

Y si el cabello requería un corte, la Peluquería Bultó -en Freire 721- recién había adquirido sillas Hércules para sus secciones para caballeros y señoras, en las que también había un esmerado servicio de manicure y masaje.

Y antes de volver a casa, se aconsejaba visitar los salones de audiciones de la

Casa Hans Frey -de Eckhardt y Pieper- y hacerse tocar algunas producciones disqueras Brunswick en los “panacústicos” de la moderna máquina parlante de la que se ofrecían ocho distintos modelos con grandes facilidades de pago. Porque “las normas musicales han cambiado, a Brunswick se da, notable y expresivamente, la preferencia artística”, rezaba la propaganda del mencionado negocio.

Un consejo no menos oportuno para turistas y viajeros que ponían término a días o semanas de intensa “vida social” en Concepción, era el que daba una tienda a quienes debían arreglar su equipaje: “Si se sienten enfermos, busquen un técnico, que es un médico. Si han de principiar un juicio, consulten un técnico, que es un abogado. Si tienen duda sobre lo que necesitan para viajar, consulten un técnico que es Novelty”. Los interesados podían encontrarlo en Barros Arana 783, y así dejaban de “romperse la cabeza” quienes tenían que reparar bolsos o maletas.

Educación y Salud

Cuando la Universidad de Concepción inició sus clases, el diario "El Sur" editorializó el 19 de marzo de 1919 que se trataba del "más grande esfuerzo social que se ha realizado en esta región y una de las obras más importantes con que contamos en Chile. A pesar de la indiferencia de los poderes públicos, a pesar del espíritu rutinario que siempre se atribuyó a nuestra ciudad, la idea que en un principio pareció ser únicamente la manifestación de un

deseo o aspiración, para cuya satisfacción era necesario que el gobierno prestara su concurso, fue tomando cuerpo y hoy la tenemos convertida en la más espléndida realidad”.

Y proseguiremos leyendo: “Así pues, nuestra Universidad ha surgido como uno de aquellos grandes centros de educación y de investigación que existen en Estados Unidos y que representan los esfuerzos colectivos de grupos numerosos de ciudadanos que se juntaron para atender a una necesidad común que las autoridades no habían advertido o no querían satisfacer”.

Para don Enrique Molina -su fundador y primer rector- la decisión del Dr. Virginio Gómez, que lo reemplazaba al frente del Comité Pro-Universidad y Hospital Clínico de Concepción, constituyó “un gesto que no vacilo en calificar de heroico y temerario. Dificulto que universidad alguna en el mundo haya nacido en cuna más humilde y desamparada. La opinión de Concepción estaba preparada para querer una

universidad, pero no contaba con medios ni para empezar a mantenerla”.

Para eso -como bien recordaba Jorge Ulloa- “con aportes de todos los sectores de la sociedad penquista, nació la Universidad de Concepción, la más alta expresión cultural y educacional de la región sur del país y hacia donde confluían varios siglos de historia educacional”.

A menos de diez años de su fundación, y por la luminosa presencia de esta Casa de Estudios Superiores, Concepción era llamada “la ciudad lacustre y universitaria”, y después de la capital era, indudablemente, el centro intelectual más importante y de mayor influencia en el país. Mantenía ya cinco escuelas: Ingeniería Química Industrial, Dentística, Farmacia, Medicina -sólo los tres primeros años- y Pedagogía, y los cursos de Normalista y de Secretariado Comercial. De ellas, la de Ingeniería Química Industrial era completamente nueva en el país y estaba llamada a prestar una positiva ayuda a la industria, mediante la preparación de

técnicos aptos para emprender o colaborar en la explotación de la enorme riqueza de nuestro suelo. Igualmente, constituían toda una novedad los cursos de Normalistas y de Secretarios Comerciales.

“En general -y aquí a un informe universitario de la época-, la enseñanza en las diversas escuelas ha sido orientada hacia rumbos modernos, dándosele sobre todo un carácter experimental. Al mismo tiempo, se han adicionado los programas oficiales con todas aquellas materias que la práctica o los progresos mismos de la ciencia han señalado como indispensables. Resultado de este espíritu de innovación es la creación de un curso de orientación profesional que funcionará anexo a la Escuela de Pedagogía; la fundación de un Instituto de Fisiología y la apertura de la Farmacia Modelo. Para tomar la dirección del Instituto de Fisiología se ha contratado a un especialista de fama mundial, el profesor Alejandro Lipschütz, colaborador del famoso

sabio austriaco Steinach y ex director del Instituto de Fisiología de Dorpart”.

Paréntesis para un recuerdo del Dr. Edgardo Enríquez Frödden, que fuera discípulo de Lipschütz y el primer ex-alumno de la Universidad en llegar a la Rectoría del plantel.

“En 1927, la Universidad tenía el Instituto de Fisiología, para el que trajo al doctor y profesor Alejandro Lipschütz, investigador de fama mundial, al que le pagaba, en ese tiempo, cinco mil pesos. A ocho pesos por dólar, no alcanzaba, sin embargo, a mil dólares mensuales, que no era algo extraordinario, como decía la gente. Lo que tentó al sabio fue que, además, se le daba un laboratorio, y eso, lo decidió a venirse. Hay varias anécdotas que me contó a mí el Dr. Lipschütz. Una de ellas, que cuando se vino a Concepción, no sabía donde venía y él se fue a las bibliotecas a averiguar por Concepción de Chile y lo único que encontró fue que Charles Darwin había estado ahí para el terremoto de 1835, uno de los grandes terremotos que hubo en Concepción. Y no encontró más sobre

Concepción de Chile. Se vino solo, entonces, y se encontró con una universidad funcionando y con gente culta. Pero no fue únicamente eso lo que le impresionó, y le mandó un cable a su mujer, diciéndole: “Vente confiada a Concepción, aquí se come cuatro veces al día”. En ese momento, en Europa estaban pasando por la Gran Depresión de la Primera Guerra. Lo contaba el Dr. Lipschütz como una broma, ¿no?”.

Así y todo, la anécdota resulta bastante ilustrativa acerca de la situación en que se hallaba la ciudad en ese tiempo, y en todo orden de cosas. Pero volvamos, mejor, al mencionado informe, y a un párrafo que indudable interés para los destinatarios de este trabajo, sobre todo.

“Entre los proyectos para un futuro cercano, figura, ante todo -decía-, la construcción en la propiedad universitaria de La Toma de grandes edificios para escuela, casa de estudiantes, campos de juego, etc. Al mismo tiempo se piensa contribuir al desarrollo de la agricultura y de las industrias, mediante la

creación de cursos especiales y la fundación de un Instituto Politécnico, sobre la base de la actual Escuela de Química Industrial, para lo cual se halla ya en estudio el proyecto respectivo”.

La Universidad de Concepción se encontraba entonces organizada en forma de sociedad, con personalidad jurídica, y regida por un directorio de diecinueve miembros que duraban tres años en funciones. Su directiva estaba integrada por don Enrique Molina, presidente; don Julio Prada Benavente, vicepresidente; don Luis David Cruz Campo, secretario general, y por don Eliseo Salas, tesorero general.

Las oficinas administrativas de la Universidad -Secretaría General, Tesorería General, Oficina de Subsidios y Sala de Sorteos, Sala de Sesiones del Directorio, Archivo, etc.- se hallaban en calle Aníbal Pinto N° 290. Las Escuelas de Medicina, Farmacia y Química Industrial, al igual que la Farmacia Modelo, ocupaban un vasto y moderno edificio,

construido especialmente en calle O'Higgins N° 850. Su director era don Salvador Gálvez.

A tres cuadras de allí -en calle San Martín 1007- funcionaba la Escuela Dental, dirigida por el señor Serapio Carrasco, mientras en el Barrio La Toma, próximo al Hospital, se encontraba el pabellón de Anatomía de la misma y de la Escuela de Medicina. Finalmente, la Escuela de Pedagogía y los cursos anexos compartían con el Liceo de Hombres su espléndido edificio.

Y como hemos mencionado a la Oficina de Subsidios -antecesora de la Lotería de Concepción-, digamos que, autorizada por Decreto-Ley N° 484, del 20 de agosto de 1925, hacía sus sorteos cada veinte días y devolvía al público, en premios, en 65% de las donaciones recibidas, según programas que estaban en conocimiento de todo el público.

Sus agentes autorizados en provincias eran los señores Juan Montalde, en Iquique, para las provincias de Tacna y Tarapacá; Angel Marré, en Antofagasta, para la provincia del

mismo nombre; Agustín Rossi, en Valparaíso, para las provincias de Atacama, Coquimbo, Aconcagua y Valparaíso; Oscar Spoerer y Cía., para las provincias comprendidas entre la capital y Linares; Hernán González, en Concepción, para las provincias de Maule, Ñuble y Concepción, excluyendo la ciudad; Rafael Merino, en Concepción, para las provincias de Bío-Bío al sur del país, y por último, Juan Hoeneisen, para Punta Arenas. Gerente de la institución era don Desiderio González Medina, padre del que, entre 1962 y 1968, sería rector del Universidad penquista, el Dr. Ignacio González Ginouves.

Además de esta Casa de Estudios Superiores, contaba la ciudad en esa época con el Liceo de Hombres, considerado el mayor establecimiento educacional de todo el sur, y donde su alumnado, que superaba el millar, recibía las enseñanzas primaria, secundaria y universitaria, en el ramo de Derecho. También existía el Liceo de Niñas, con una crecida población escolar, aparte del Seminario, con

cursos preparatorios y de humanidades; el Instituto Comercial, la Escuela Normal y la Escuela de Agricultura; un Liceo de Hombres particular; dos liceos de niñas, también privados, el Colegio Americano para la enseñanza comercial; el Colegio Americano de educación femenina, y numerosas escuelas de Instrucción Primaria, con una cifra cercana a los diez mil alumnos, y otras privadas, que tenían, igualmente, una subida matrícula.

Pero eso no era únicamente todo en ese campo. En un "suelto" de "El Sur" -como se le llamaba en ese tiempo a una nota breve- podemos leer textualmente: "No es menos valiosa la cooperación que ha prestado al desarrollo cultural de las habitantes el Municipio por ellos elegido. Sobre todo en los últimos años, su acción en favor de la instrucción de las clases populares ha llamado la atención. Mediante su iniciativa, se han fundado numerosas escuelas nocturnas sostenidas con fondos municipales, se subvenciona a otras y se facilita moral y materialmente el desarrollo de toda iniciativa que

tienda a mejorar la condición educacional de las clases populares”.

Finalizaba la nota destacando que el insigne filántropo, don Pedro del Río Zañartu, había legado antes de su muerte “una donación de cincuenta mil pesos en favor de los escolares primarios, de los cuales los más aventajados recibían anualmente los intereses de esa suma en clase de premio y de estímulo a sus esfuerzos”.

Si la educación se encontraba en buen pie en ese tiempo, también la salubridad de los penquistas había aumentado notablemente. Epidemias que parecían arraigadas en la población, habían desaparecido por los esfuerzos del servicio respectivo. Preocupación de las autoridades, era trabajar por el mejoramiento de las habitaciones obreras que, desde hacía años, constituían un penoso modelo por las lamentables condiciones en que vivían los trabajadores.

Entre los principales establecimientos de beneficencia de la época estaban el Hospital, con secciones de hombres y mujeres; el Manicomio, que guardaba en su

interior a todos los enfermos provenientes de las provincias situadas al sur de Concepción; el Hospital de Niños; el Asilo de la Infancia; la Cruz Roja; la Gota de Leche "Juana Ross de Edwards", instalada gracias a un legado dejado por la distinguida dama de ese nombre; el Asilo de Ancianos que, como los tres anteriores, era mantenido por sociedades benéficas, y por último el Hospital y Casa de Huérfanos, establecimiento fiscal que funcionaba en un espacioso edificio en las vecindades del Parque Ecuador.

Cinco clínicas eran atendidas por facultativos de reconocida competencia. La del Hospicio, en Avenida Víctor Lamas casi esquina Lincoyán; la del hospital, en calle Janequeo esquina Cochrane; el Sanatorio Alemán, en la octava cuadra de la Avenida Pedro de Valdivia; la de los doctores Otto y Brito, en calle O'Higgins N° 1037, y la del Dr. Ricardo Burmeister, en Barros Arana N° 960.

Si los Ferrocarriles del Estado mantenían un completo servicio sanitario para su numeroso personal, de la Caja de Seguro obrero,

y conforme a las leyes acabadas, entonces, de promulgar, dependía un dispensario sumamente efectivo, se decía. Para concluir, la atención médica de la clase desvalida estaba encomendada a un Policlínico de Beneficencia y a un servicio de dispensarios que tenían un considerable movimiento.

Pero queda algo más, y es lo relativo al Servicio Médico Nocturno, al que podía recurrir todo el mundo desde las diez de la noche hasta las primeras horas de la mañana. Era gratuito para los indigentes y los llamados debían hecerse directamente a la Primera Comisaría, señalando al guardia de turno el punto en que se necesitaba la atención médica, la clase de dolencia, etc. Para el traslado de enfermos o heridos se disponía de buenos coches ambulancias, los que debían solicitarse, también, en el recinto policial. En los diarios de la ciudad se daban noticias exactas respecto a la forma en que se efectuaban los turnos médicos, en cuanto a la distribución de profesionales, matronas y boticas para la atención de la gente.

Si el Laboratorio Municipal analizaba las carnes, la leche y todo artículo alimenticio que se extendiera al público, el Laboratorio Larrze -de los señores Larraguizabal y Zennelman- se enorgullecía de que sus “preparados” hubieran merecido una medalla de Oro y un Primer Premio, en La Paz, en 1925. Reciencito, no más.

Seguramente, vendía sus productos la Farmacia Francesa, ubicada en la esquina del Portal Cruz, frente a la caja de Ahorros. Su propietario, el señor Giraud, ponía énfasis en la confianza que inspiraba su establecimiento.

“Esta palabra -subrayada- ha sido el anhelo constante de nuestra vida profesional. 17 años de asiduidad y dedicación exclusiva en la ejecución de las prescripciones médicas, la atención siempre permanente del farmacéutico titulado, nos ha granjeado esta confianza. Gracias a este favor creciente del público, hemos tenido impulso para ampliar nuestro local, perfeccionando nuestros métodos y colocar así

nuestro Laboratorio de Farmacia en lugar prominente”.

Desde 1921, la Farmacia Modelo, de la Universidad de Concepción, estaba “destinada a completar, mediante una práctica adecuada, bajo la supervigilancia de expertos profesionales, los estudios y trabajos de laboratorio efectuados en el Escuela respectiva. Además de corresponder a los fines educacionales que informaron al público”, según una información oficial del plantel, sobriamente, su propaganda recordaba a los penquistas: “De la buena preparación de sus Recetas, depende su salud”. Y este consejo, por obvio que pareciera permitió a muchos pioneros de la industria regional y del comercio, ver concretados sus afanes de progreso en los años que se sucedieron. Pero ya, mucho habían logrado.

Banca, Industria y Comercio Regional

SEIS Bancos hacían su contribución al desarrollo de la ciudad y de la región. El Banco Alemán Transatlántico no sólo tenía oficinas en Concepción -Barros Arana 590-, sino, también, sucursales en Temuco y Valdivia. No menos poderoso era el Banco Anglo Sudamericano -más tarde Londres, y luego O'Higgins- que funcionaba en Barros arana 399.

En constante aumento iba por esos años la prosperidad del Banco de Concepción, una iniciativa de carácter tan eminentemente regional como los diarios de entonces y la

Universidad. Presidía su directorio el señor Julio Parada Benvente, e integraban el Consejo cuatro caballeros igualmente vinculados al empresariado y al comercio de la zona: Carlos Fernández, Aurelio Lamas, Tomás Río seco y Oscar Spoerer. Aunque disponía de un capital que superaba ligeramente los \$5.000.000, hace setenta años ya contaba con una Sección de Ahorros y abría cuentas dese \$10 hasta \$10.000, con intereses del 6% anual. Su casa matriz estaba ubicada en el Portal Cruz.

Y mientras en O'Higgins 590 tenía sus dependencias el Banco de Chile, la quinta cuadra de Barros Arana albergaba las agencias del Banco de Chile y Alemania. En el número 659 de esa misma calle, tenía su sucursal el Banco Español Chile, que, además, operaba en Talcahuano.

Desde Lota a Tomé se extendía, en un tiempo que fue largo, el plano industrial de la región. Concepción, sin embargo, aportaba la Compañía Fabrica de Paños de Concepción, en Hipólito salas N° 868, y la Gran Fábrica de

Artículos de Cemento de don Juan Villa Luco, en Freire N° 867, donde ahora se encuentra la Galería Comercial del mismo nombre.

Catres de puro bronce y de fierro con bronce, somieres estilo inglés, carretillas de mano, cortinas metálicas ondulantes, arados y repuestos estilo americano y cerrajería y ferretería para edificios, fabricaba Irazábal Hnos., en Maipú esquina Lincoyán. De haber obtenido premios en exposiciones industriales, entre 1920 y 1927, se vanagloriaba la Fábrica de Cocinas de don Cipriano Sanhueza, que compartía sus instalaciones con “un moderno garage” de su propiedad, en San Martín N° 857.

Y ya que nos hemos referido a las cocinas, imposible resulta no dedicarle un espacio a la industria panificadora, que daba ocupación a numerosos obreros.

Poseer una “instalación única en Chile” -maquinarias eléctricas y hornos de calefacción continua - llenaba de satisfacción a Souyet Hnos., que invitaban por la prensa a

visitar, “para convencerse” su establecimiento de Rengo N° 1031.

En el mismo sector tenía su “edificio propio, construido especialmente para esta industria”, la Panadería “Victoria”, con talleres y salas con pisos embaldosados a colores, murallas impermeables, lavables a pistón, ventilación mecánica forzada, y -atención- espléndidos baños para el personal. Y como si eso no bastara, ofrecía reparto a domicilio y precios módicos. Su dirección era Avenida Manuel Rodríguez N° 758.

Propietario de la Panadería “La Tracción”, en calle Brasil N° 853, era Manuel Jesús Novoa, agricultor de Arauco. Su pan especial era de primera clase y la leche de su fundo “Curaquilla”, que también vendía en el establecimiento, era, asimismo, de primera calidad.

Su “preferente atención a los consumidores particulares, hotels y colegios”, en su moderno establecimiento de Freire esquina Galvarino, ponderaba don Pedro Medina García, dueño de la Panadería “Penquista”. A cinco

cuadras de distancia -Maipú N° 2000- le competía por “la bondad de su producción y su seriedad reconocida”, la panadería “Nacional”, del señor Eleodoro Orellana.

De no menor rango era, a la sazón, la Fábrica de Caramelos, Confites y Pastillas de Gutsche Hnos., en la séptima cuadra de Los Carrera. Allí endulzaban la vida las damas que habían sufrido más de un sobresalto por no comprar sus fajas corsés en la Fábrica de Abelardo García, que tenía sus locales de venta en Barros Arana N° 761, y en Freire esquina Aníbal Pinto. Un suave licor elaborado por José Laplace, contribuía a hacerles pasar el “trago amargo” del percance. Y si sus esposos eran profesionales, la Fábrica de Planchas de Metal y Porcelana -en la séptima cuadra de esta última calle- les ofrecía planchas, timbres, tarjetas y monogramas.

Gran Premio en la Exposición de Sevilla había obtenido recientemente la Fábrica Nacional de Loza Penco, de Díaz Hnos., que producía -para su venta desde Concepción- “de

toda clase de artículos de loza y porcelana blanca, tan buenos y resistentes como los importados”. En la vecina localidad, existía, además, la Refinería del azúcar y, una Fábrica de Abono, a base de hueso molido y otras materias.

La importancia de Tomé no radicaba solamente en sus atractivos turísticos, sino por el hecho de estar radicada allí la empresa industrial más moderna y adelantada para esa época, la Sociedad Nacional de Paños.

Fundada en 1914 por don Marcos Serrano, había pasado por todas las vicisitudes de la Gran Guerra Europea, ya que debía traer desde el Viejo Continente sus hilados. Pero ya, al finalizar la década del ‘20, se había independizado absolutamente del extranjero y poseía las más completísimas instalaciones para el proceso integral de la fabricación de sus productos. Aunque el domicilio legal de la Sociedad era Santiago, la Gerencia estaba en Tomé, y la ocupaba entonces el señor Carlos Manh.

En un aviso colocado en la prensa de ese tiempo, leemos: "La Sociedad Nacional de Paños de Tomé tiene un capital chileno de \$ 4.375.00 y contribuye a la vida y sostenimiento de más de dos mil chilenos que viven a su sombra. Elabora productos con obreros y lanas chilenas y es un rodaje de importancia en nuestra economía nacional. Aplica los adelantos mundiales más acabados de la industria textil, a la confección de sus productos que están a la altura y por encima de cualquier similar".

En el otrora pintoresco barrio Bellavista, y con no menos modernas maquinarias, funcionaba la Fábrica de Paños Bellavista, que proveía, casi exclusivamente, a algunas reparticiones del Estado; como el Ejército, por ejemplo.

Donde comenzaba el camino a Rafael, tenía sus instalaciones el Molino Gildemeister y Cía., cuyos productos eran trasladados a las bodegas del puerto por medio de un costoso tendido aéreo. Y en el pueblo mismo, se había establecido la Sociedad Vinícola

del Sur, que tenía allí su centro de actividades. Y si de bebidas se trataba. Hinrichsen y Cía., producían “Cross’s”, “Ginger-Ale”, “Soda Water” y “Tonic Water”, en su Fábrica de Gaseosas.

Talcahuano no debía su buen nombre -que, en araucano, era el del Cacique Rayo de Cielo- sólo a su condición de ser ya el Primer Puerto Militar de Chile y de albergar a la más poderosa Base Naval establecida en las costas del Pacífico y de América del Sur, sino a su intensivo movimiento comercial.

Las más importantes y prestigiosas casas de comercio chilenas y extranjeras, tenían allí agencias, bodegas y factorías especialmente encargadas del embarque de cereales para el extranjero y de la recepción de las mercaderías que se importaban. Claro que esta firmas -la Csa Gibs, Williamson Balfour y Cía., Wesel, Duval y Cía., la Casa Duncan, Gildemeister y Cía., y otras de origen europeo- habían fijado en Concepción su centro para el sur. Gibs y Cía., a

manera de ejemplo, compraba abundantes cantidades de trigo a los agricultores de la zona.

El consiguiente movimiento marítimo traía aparejado la presencia de numerosas compañías marítimas y agencias de seguros contra incendios y riesgos marítimos, como la M. Gleisner y Cía., la Roland, Bardi y Co., y otras que funcionaban, indistintamente, en el puerto y Concepción. Salvo Hinrichsen y Co., que disponían en Tomé de muelle, bodegas y embarcaciones propias.

Con todo, Talcahuano destacaba también por ser entonces el departamento más pequeño y más densamente poblado de todo el país con sus 33 mil habitantes.

Y si hemos hablado de la banca, de la industria y del comercio de Concepción y sus alrededores, porque se concentraban en la capital provincial, mal podríamos dejar de hacerlo de la minería del carbón de esta región, que abastecía gran parte de las industrias nacionales y de los buques y vapores que cruzaban las costas sudamericanas del Pacífico.

La producción se calculaba en millón y medio de toneladas anuales, cifra que se consideraba susceptible de ser aumentada abriendo nuevos caminos que unieran a Lebu y Cañete con las líneas centrales, y realizando diversas obras de mejoramiento en los puertos carboníferos -Coronel y Lota, desde luego-, a fin de utilizarlos como punto de embarque del combustible. Y eso, porque sólo así, se pensaba, podría atraer la inversión de capitales en diversos yacimientos de gran riqueza, que permanecían abandonados a pesar de constituir las mayores reservas de la riqueza carbonífera.

Pero antes de adentrarnos en los yacimientos del departamento de Lauro -formado por Coronel, la Isla Santa María, Lota, Laraquete y el Golfo de Arauco-, recordemos la existencia de mantos de carbón en Penco y Lirquén, y en la parte alta de Tomé, aunque únicamente los segundos posibilitaron la creación de una Compañía Carbonífera.

En el Golfo de Arauco se hallaban las minas de carbón de la Compañía Carbonífera

y de Fundición Schawager, consideradas en ese tiempo unas de las más importantes en su género. Quedaban a corta distancia de Coronel, desde donde se embarcaba casi toda su producción. El mencionado puerto era uno de los más abrigados del litoral, debido al cordón de cerros que lo protegían de los fuertes vientos.

Todavía los vecinos discutían acerca de la edad geológica de esos mantos, aunque lo más probable era, según los científicos, que pertenecieran a un periodo de transición entre el Terciario y el Cretáceo. Respecto a su explotación, sí, se sabía con certeza que, setenta años antes, don Federico W. Schwager había iniciado los trabajos mineros en los fundos “Boca Maule” y “La Huerta”.

En 1898, el señor Schwager entraba en posesión de “Puchoco Délano”, un antiguo establecimiento que se encontraba paralizado a causa de una inundación ocurrida hacía ocho años. A fuerza de una empeñosa labor y a costa de elevados desembolsos pecuniarios, don Federico había logrado triunfar, entregando ala

industria nacional carbón de la más alta calidad. Desde entonces, y con el fin de dar un superior impulso a los trabajos de explotación, el señor Schwager emprendió la búsqueda de capitales hasta organizar, en 1893, la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager, con un capital de 500.000 libras esterlinas, que se duplicó en 1919.

Lentamente, y con el correr de los años, se fue diseñando una triple estructura del establecimiento carbonífero. Surgieron así, los sectores de Maule, Puchoco y el Muelle, constituyendo, en la época que nos ocupa, tres poblaciones divididas naturalmente. En el sector de Maule, funcionaba la Administración, dependiente de la Gerencia que tenía su domicilio en Valparaíso; la Jefatura del Departamento de Bienestar; la Maestranza y la Fundición, etc. En el sector del Muelle, obviamente, se realizaban las faenas de embarque.

Además del ferrocarril particular, la Compañía con dos naves de 3.300 toneladas cada una, con un remolcador para alta mar y con una

embarcación de carga que podía llevar hasta 2.300 toneladas de carbón. Era dueña, además de los extensos terrenos en que se hallaban situadas las minas y de los fundos “El Calabozo”, “Santa Carolina” y “Quillahue”, con millones de árboles productores de la madera apropiada para el uso de la mina y de las construcciones, en estado explotable.

En todas sus faenas, la Compañía Carbonífera y de Fundición Schwager ocupaba más de 200 empleados y un número superior de 4.000 obreros que, junto con sus familias, gozaban de habitación, atención médica, agua, carbón, etc., en forma gratuita.

Minas en Coronel, Lota y Curanilahue, poseía la Compañía Minera e Industrial de Chile, al concluir los años '30.

La base de sus actividades estaba constituida por las minas de carbón de Lota, cuya explotación iniciara en 1852 don Matías Cousiño, prosiguiéndolas la Compañía de Lota y Coronel. En 1921, había organizado la sociedad anónima denominada Compañía Minera e Industrial de

Chile, que adquirió todos los intereses de la Compañía de Lota y Coronel, de la Sociedad Carbonífera de Curanilahue y del ferrocarril de arauco. Este último, comunicaba la ciudad de Concepción con el centro minero de Curanilahue, pasando por el puerto de Lota.

Esta gestión, permitió a la compañía -ya con un capital a su haber de 295 millones de pesos- dar un vigoroso impulso a la producción de carbón nacional, permitiéndole al país pensar seriamente en independizarse del enorme tributo que debía pagar al extranjero por concepto de combustibles.

Disponía en ese tiempo la Compañía de tres puntos de extracción en Lota -el Pique Grande, Pique Alberto y el Chiflón Carlos- y en Curanilahue, de las minas llamadas Chiflón Central y N° 9, las que, en faenas y servicios anexos, ocupaban alrededor de 10.000 obreros. Le pertenecían, parte de ellas, cinco buques propios, con una capacidad de carga de 15.000 toneladas; el ferrocarril de Concepción a Curanilahue, con una longitud de 97 kilómetros;

y propiedades cuya superficie alcanzaban a 61.000 hectáreas.

En los trabajos relacionados con la agricultura y la ganadería, se hacían en los fundos grandes plantaciones de pinos, eucaliptus, cipreces y aromos australianos, cuyas maderas eran aprovechadas en los laboreos mineros y en diversas construcciones. Se habían plantado hasta esa fecha más de 40 millones de árboles, cuya explotación ya había arrojado excelentes resultados.

Las industrias fabriles de la Compañía estaban constituidas por sus Fábricas de Ladrillos Refractarios, de Tubos de Desagüe, de variados artículos de Cerámica y de Briquetas de Carbón.

Para el alojamiento de sus numerosos operarios y sus familias -alrededor de 30 mil habitantes-, la Compañía mantenía varias poblaciones con servicios completos, a cargo de su Departamento de Bienestar. Dichas poblaciones contaban con habitaciones higiénicas, calles bien adoquinadas, alumbrado eléctrico y agua potable, etc. Para su atención

médica, disponían de hospitales, policlínicos y dispensarios para hombres, mujeres y niños. Y por último, en materia educacional, la Compañía sostenía escuelas elementales y cursos vocacionales de Labores de Minas, Dibujo Industrial, Electricidad, Mecánica Práctica y otros del mismo interés.

“Uniendo estos factores, que mantienen en envidiables condiciones el ánimo de los obreros, -a las magníficas instituciones mecánicas de que dispone la compañía para el arranque, clasificación y transporte del carbón, y para las cuales la fuerza motriz y a vapor disponible llega a 9.300 HP.,- se llega a la conclusión de que la Compañía Minera e Industrial de Chile es una entidad de gran porvenir y debe ser considerada como uno de los más eficaces elementos del progreso nacional”. Era lo que se desprendía, por lo menos, de una información entregada a la prensa por su Departamento de Bienestar.

Tan auspicioso panorama de la industria regional, había movido a caracterizados

vecinos de Concepción a realizar, en noviembre de 1927, la Primera Semana Penquista, con una Exposición Ganadera e Industrial, en la Quinta Agrícola; un Gran Baile de Máscaras, en la Plaza Independencia, y una Noche Veneciana, en la Laguna de Las Tres Pascualas.

Durante tres agitados días, se dieron “a conocer ampliamente el grado de adelanto alcanzado en los últimos tiempos, como asimismo la riqueza e importancia, en todos los órdenes de actividades, de la región a que sirve de centro”.

No cabe duda que con ese ánimo los penquistan bailaban festivamente el One-Step y otros ritmos en boga en los años del “Chile Nuevo”.

SERGIO RAMÓN FUENTES ALBA
CECILIA ZUÑIGA SANHUEZA
editores

Tomé, 1° de marzo de 1998

**LIBROS PUBLICADOS EN TOMÉ,
MEMORIA Y CULTURA REGIONAL**

(21 Títulos y 6 reediciones,
desde 1995)

Con la colaboración de

HOTEL ALTHOME

Fono 650807

HOSTERÍA VILLAMARINA

Fono 650947 - Fax 655220

LIBRERÍA E IMPRENTA ARÉVALO

Serrano 925 - Fono 655096

SERGIO RAMÓN FUENTEALBA

CECILIA ZÚÑIGA SANHUEZA

editores

0318

983.833 9
F954

(FHC)

Fuentealba, Sergio Ramón

Cuando los penquistas bai-
ban One-Step

Fecha Devolución	NOMBRE

Fuentealba, Sergio Ramón.

0318

“El libro (“Cuando los Penquistas Bailaban One - Setp”, de Sergio Ramón Fuentealba), es una clara, fresca y cariñosa mirada al pasado. Se trata de un esfuerzo que, en un momento donde todas las energías se agitan en función de éxitos futuros, aparece como un llamado al equilibrio”.

(PANORAMA, UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN,
2/7/98.-)

EDICIÓN AUSPICIADA POR

STOAS

**FUNDACIÓN HOLANDESA PARA LA PROMOCIÓN
Y DESARROLLO DE LA EDUCACIÓN Y
CAPACITACIÓN
SILVO-AGROPECUARIA**

Concepción



00318AHC